

Héctor López:

“La competencia existe, aunque no queramos”

Por José Noé Mercado

“La música siempre estuvo a mi alrededor desde los primeros discos de Jorge Negrete que escuchaba mi padre”, relata el tenor mexicano Héctor López Mendoza, radicado desde hace varios años en Rumania, país desde donde ha construido una carrera que no sólo se mantiene en constante actividad en teatros de Hungría, Polonia, España, Bulgaria, Italia, Alemania, Nicaragua o Egipto, sino que destaca por su solidez.

En sus primeros años de contacto musical, Héctor estudió violonchelo, guitarra, guitarrón y vihuela, instrumentos con los que podía reunirse con sus amigos para divertirse, pero que después se convirtieron en una forma de sustentar sus estudios.

“La ópera en sí llegó en el momento idóneo, creo yo. Tenía 22 años de edad cuando gente cercana me recomendó entrar en el Conservatorio Nacional de Música y allí empezó esta aventura”, dice el tenor en entrevista exclusiva para los lectores de *Pro Ópera*.

La maestra Rosa María Diez fue la primera guía de Héctor. Posteriormente, el cantante continuaría su formación bajo las enseñanzas de Irma González, Eugenia Sutti y Enrique Jaso Mendoza. “Después de haber recibido una beca de SIVAM, lo cual siempre agradezco, tuve la oportunidad de conocer y trabajar con grandes personalidades, lo que me llevó a querer trascender de alguna manera en este ámbito y obviamente a trabajar más para lograrlo”, complementa el entrevistado.

Luego de participar en algunas producciones en el Conservatorio Nacional de Música como solista y de algunos conciertos ya como profesional, vino tu etapa en el Coro del Teatro de Bellas Artes. ¿Cómo se dieron las circunstancias para irte de nuestro país?

El Conservatorio se convirtió en mi segunda casa, pues pasaba más tiempo ahí que en la propia. Eso me llevó a conocer lo maravilloso de este arte, de la mano de maestros como Marco Antonio Verdín y Héctor Del Puerto, por mencionar algunos, con quienes empecé a descubrir mis capacidades y a desarrollarlas en el escenario.

Más tarde, entré al Coro del Teatro de Bellas Artes, donde aprendí aún más. Fue en ese entonces donde se presentó la oportunidad de ser becado gracias a una invitación del tenor Ludovic Spiess, en aquel momento director de la Ópera de Bucarest. Después de un recital en la casa-museo del gran compositor George Enescu y una *Traviata* en el teatro, el maestro Spiess me ofreció el recinto para



“*I masnadieri* ha sido la obra que me abrió una senda con la Ópera Húngara de Cluj-Napoca, Rumania”

Foto: Egyed Ufó Zoltán

hacer repertorio y se ofreció también a ser mi profesor. Acepté.

¿Y qué encontraste en Rumania? ¿Puedes contarnos cómo es la actividad operística en ese país y cómo te recibió para vivir en él?

La actividad operística es muy variada. Todos son teatros de repertorio y en una semana se pueden cantar hasta cuatro títulos diferentes, dependiendo de cada teatro. Además, hay espectáculos de ballet que albergan las mismas salas.

El trato siempre ha sido excelente, aunque al principio el idioma fue una barrera. Lo aprendí rápidamente, en algo así como seis meses, para así poder comunicarme mejor. Además, creo que eso es también una muestra de respeto desde mi punto de vista.

¿Cómo se ha desarrollado tu carrera en esa parte de Europa, en materia de repertorio y de tu participación en diversas producciones?

Mi desarrollo como artista lírico ha evolucionado obviamente con los años, pero sí ha sido con la elección correcta de un repertorio específico. En un principio, canté *Traviatas*, *Rigolettos*, *Lucias*,

además de Mozart y mucho Verdi joven.

Una colega muy querida, Silvia Sorina Munteanu, fue quien me aconsejó dejar ese repertorio y abordar uno más pesado, no sin antes estudiar para ello. El parteaguas, por así decirlo, fue *I due Foscari*, de Giuseppe Verdi. Con el rol de Jacopo Foscari comenzó otra etapa, de repertorio *spinto*, más natural para mí, de hecho. De ahí han venido roles que ni siquiera soñaba: Don José, Manrico, Radamès, Turiddu, Canio y otros más.

¿Cuáles son los momentos que consideras determinantes en tu carrera fuera de nuestro país?

Ya he hablado del primero con el maestro Spiess. Pero también encuentro con grandes de la lírica como Carlo Bergonzi; ya teniendo una base técnica sólida, pude platicar y trabajar con él, así como con Enza Ferrari, Dante Mazzola, *coaches* de la Piccola Scala, Renato Bruson... Todos ellos han sido importantes en mi formación.

En el plano profesional, creo que *I masnadieri* ha sido la obra que me abrió una senda con la Ópera Húngara de Cluj-Napoca, Rumania. La hicimos en Budapest y desde entonces soy invitado para hacer por lo menos una producción al año en esa casa.

¿Consideras que las características de tu voz son parte de lo que se puede agrupar como el tenor latino, en particular del tenor mexicano, o qué es lo que piensas que ha rendido frutos en términos de aprecio de tu voz y contrataciones en teatros y producciones?

Contrariamente, no lo creo. O yo no lo veo así. Sí sé que la pasión y el temperamento son parte de mis características vocales, pero principalmente me parece que se busca mucho un buen actor, seguridad musical y maleabilidad como persona.

¿Cómo has vivido la competencia europea, no sólo en tu cuerda de tenor, sino también en cuanto a la calidad y las exigencias líricas del ambiente en que laboras?

La competencia existe, aunque no lo queramos. Pero para mí se da más conmigo mismo. El estudio diario y la mejoría que te puede brindar es para ti mismo. La gente se acostumbra a escucharte de una manera y hay veces que no perdonan que tengas una mala tarde. Por eso el nivel siempre debe ser mantenido a un estándar alto de calidad.

¿Por qué ya no has regresado a México? ¿Te interesaría recibir invitaciones a nuestro país?

No he regresado por falta de tiempo, inclusive para visitar a mi familia. Pero sí espero poder hacerlo este año. Por supuesto que me encantaría recibir invitaciones; estaría feliz de poder cantar en mi país. Tengo muchos amigos allá, colegas que me dicen qué pasa



Héctor López en su debut como Otello en Bucarest, 2016
Foto: Nicu Cherciu

y qué se canta. Con mucho interés, sigo por internet el acontecer operístico de México.

México siempre está conmigo: en casa o donde quiera que vaya. Y no se trata de un falso orgullo, sino simplemente de una parte de mí. Intento ser un buen ser humano, sin importar de dónde soy. Pero sí disfruto mucho portar un traje de charro y cantar nuestra música, para demostrar lo valiosa que es nuestra cultura.

Pero ya estás adaptado a estar fuera de nuestro país...

¿Que si me he adaptado? ¡Pero claro que sí! Ya mucha gente me conoce como el tenor rumano de origen mexicano. Y es bello saber que la gente te quiere. Además de que mi familia me apoya en todo momento. A mi esposa y a mis tres hijas yo les digo que son *ruxicanas*.

En todo el mundo, cuando saben que soy mexicano, dicen: “Claro, país de tenores”. Siempre es así, aunque me desviva dando ejemplos de excelentes barítonos y sopranos.

Cuéntame dónde más has cantado en estos años. Ahora, en marzo, estuviste en Nicaragua, por ejemplo. ¿Cómo han sido esas experiencias y qué proyectos, qué papeles vienen en tu agenda en los próximos meses?

Pues además de los teatros que hay en Rumania, me he presentado en Hungría, Polonia, España, Bulgaria, Italia y Alemania. En Nicaragua fue mi primera vez y fue fascinante. Fui invitado por la Associazione Puccini Festival, pues tienen un programa de colaboración con ese país, donde empieza a despuntar un poco la ópera, y da gusto ser parte de ese movimiento.

En abril estuve en El Cairo, Egipto, para una producción de *Tosca* de Puccini. Estaré en casa (en Cluj-Napoca, Rumania) para *Don Carlo* de Verdi. Regreso también este año al Festival Puccini de Torre del Lago, con Calaf. El año pasado estuve ahí con *Madama Butterfly*. Samson viene en noviembre con la Ópera Húngara y luego *Aida* en casa, entre algunos otros compromisos más. ●